EL ORIGEN DE LOS EVANGELIOS

Andrés Codesal Martín

Serie
Estudios Bíblicos
Nº 4

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 Sevilla.

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA
ISBN: 84-7770-543-7
Depósito legal: M. 50.562-2000
Imprime: Impresos y Revistas, S. A.

PRÓLOGO

Escribo pensando en el lector y trasladándole la sorpresa que tuve al recibir las pruebas de imprenta de la presente obra de D. Andrés Codesal Martín "EL ORIGEN DE LOS EVANGELIOS". Sabía que la escribía. A guisa de buen amigo me lo comunicó a principios de verano: ha sido su trabajo de vacaciones en el silencio de un pueblecito de las viejas tierras castellanas. Pero no se puede escribir en dos meses una obra tan densa. Necesariamente lleva varios años gestándose, pues la erudicción que muestra sólo se consigue a base de estudio, recopilación de datos y elaboración de un buen fichero. Sorprende además que un seglar sin titulación académica, aventaje a teólogos y escrituristas recién salidos de las facultades eclesiásticas, lo cual denota su constante proceder autodidacta.

¿Con qué fin ha escrito sobre un tema hoy tan debatido? Tenemos bastantes comentarios a mano; además las Biblias de reciente edición en sus introducciones y notas críticas, tratan de ello; por norma general los jóvenes autores nos hablan de los géneros literarios cada vez más rigurosos; llegan a proponer que los evangelios expresan la fe de las primeras comunidades cristianas, sin precisar con rigor histórico cuáles eran ni quienes las presidían, resultando que los evangelistas cuyos nombres son Mateo, Marcos, Lucas y Juan, no fueron tales, sino discípulos suyos los autores, remontándose su redacción definitiva al siglo II. Han logrado sembrar so capa de erudicción entre los fieles un confusionismo tal, que, en lugar de fortalecer la fe, más bien la enturbia produciendo tibieza espiritual.

Muy consciente de esta realidad y deseando servir fielmente a los lectores de la Biblia, Don Andrés ha ido al fondo de la cuestión: la ha analizado y luego como respuesta, propone documentalmente la tradición unánime de la Iglesia, silenciada en nombre de la moderna crítica textual. El Autor es sistemático y casi diría exhaustivo, pues aduce una recopilación muy completa desde los testimonios históricos más antiguos hasta los comienzos de la Edad Media.

Haciendo justicia, hay que poner en un platillo de la balanza la crítica bíblica heredada del protestantismo, junto al peso histórico de la tradición. En una ocasión pasaron por mi Despacho Parroquial dos pastores protestantes americanos interesados por conocer la mariológica católica contrastándola con la suya; se detuvieron ante los volúmenes de las Obras de San Juan Crisóstomo en francés; se quedaron admirados y entonces les dije: "Todo esto es patrimonio común a todos, muy anterior a la Reforma de Lutero".

Lo ignoraban. Simplemente en su formación bíblica pasaban a Lutero directamente sin prestar atención al depósito de la tradición, que es fuente de unidad ecuménica. Pero tal estilo de proceder ha penetrado por una especie de ósmosis en la Iglesia. Pagamos ya las consecuencias y a las mismas les sale al paso D. Andrés Codesal en provecho de la sólida espiritualidad de nuestros fieles, fundamentada en la Sagrada Escritura.

La Jonquera, 29 de octubre 2000, festividad de S. Narciso, obispo y mártir de la Eucaristía.

Eduardo Vivas Llorens, Párroco de Santa María.

INTRODUCCIÓN

Este libro no está escrito contra nadie; no queremos herir a nadie; pero creemos que es importantísimo tratar de refutar dos tesis que hoy están muy en boga y que consideramos tremendamente perjudiciales y dañinas a nuestra fe.

La primera es la de aquellos que dicen: "que no importa saber quiénes escribieron los Evangelios, porque sabiendo que su autor principal es Dios, no tiene importancia saber de quiénes se valió para escribirlos, ya que sabemos que en ellos no puede haber error, tanto si fueron escritos por santos o pecadores".

La segunda tesis que condenamos es la de aquellos que afirman: "que los Santos Padres, los Doctores de la Iglesia y todos los demás Santos que desde el siglo I hasta el siglo XX han asegurado que los Evangelios fueron escritos por dos Apóstoles, S. Mateo y S. Juan, y por dos Padres Apostólicos, S. Marcos y San Lucas, se equivocaron, porque la Crítica Moderna de hoy ha demostrado, que es imposible saber quiénes fueron sus verdaderos autores, y que lo único que se sabe cierto es que ni San Mateo ni San Juan escribieron los Evangelios que llevan sus nombres".

Y referente a la primera tesis de los que dicen que no importa saber quiénes escribieron los Evangelios, porque es dogma de fe que su autor principal es Dios..., siento decirles que la sociedad de hoy mayoritariamente es muy escéptica y no acepta dogmas, por lo cual siento

decirles que conseguirán que sean muy pocos los que acepten el Evangelio, si se lo recomiendan diciéndoles que se trata de un libro que fue dictado a los hombres por el mismo Dios. Yo al menos, considero muy dificil, por no decir imposible, que puedan convencer a un escéptico de que el mismo Dios es el autor principal de los Evangelios.

Sin embargo, todos aceptan que Jesucristo existió, y que tuvo discípulos. Por tanto, considero mucho más creíble que les digáis sencillamente que los Evangelios fueron escritos por los mismos discípulos de Jesucristo, que quisieron dejarnos en este libro, los hechos y los dichos del Señor. Y también se les puede demostrar que escribieron la verdad, por varias razones:

Primera: Nadie tratará de engañar a otro si está seguro que con sus mentiras va a ser él mismo el más perjudicado. Los Apóstoles por predicar el Evangelio tuvieron que sufrir muchísimo, en parte voluntariamente por seguir la doctrina del Evangelio, y en parte por los enemigos del Evangelio que los perseguían a muerte y tuvieron que dar voluntariamente la vida por defender la verdad del Evangelio.

Segunda: Los Evangelistas no hubieran podido engañar aunque hubieran querido, porque cuando se escribieron los Evangelios aun vivían muchos de los que habían conocido a Jesús y conocían la Historia Evangélica, en parte por haberla visto, y en parte por haberla oído predicar a los Apóstoles y a los demás presbíteros.

Consideremos, por ejemplo, el Evangelio de San Mateo, el cual fue escrito y publicado en Palestina, en el mismo país en que Jesucristo había realizado todos sus milagros y había predicado todos sus discursos. Y

lo escribió sobre unos doce o quince años después de la muerte de Jesucristo, cuando aun vivían casi todos los que le habían conocido y habían visto sus milagros y escuchado sus discursos. ¿Cómo se iba a poder falsear una Historia que conocían muchos de aquellos a quiénes iba destinada? Convenzámonos de que los Evangelistas no pudieron mentir, ni les interesaba mentir, porque bien sabían ellos que con la predicación del Evangelio, no ganarían nada para este mundo, más que muchos sufrimientos, muchas persecuciones y al fin la muerte.

No es fácil hacer creer a las gentes escépticas por medio de dogmas oscuros e incomprensibles; pero sí es posible, por medio de razones y argumentos apologéticos, hacerles comprender la importancia de los Evangelios, para que los lean y su lectura les cause saludables efectos.

Y con respecto a la segunda tesis que afirma que todos los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, incluyendo todos los Santos desde el siglo primero hasta hoy, todos se han equivocado al haber afirmado tan explícitamente quiénes fueron los autores de los Evangelios, porque hoy, al final del siglo XX se ha demostrado científicamente que todos estaban equivocados... es una tontería tan fenomenal, que, si se la tomara en serio, seria uno de los errores más catastróficos de toda la Historia de la Iglesia, porque seria echar por tierra el dogma sagrado de la Santa Tradición, uno de los más grandes pilares en los que se apoya nuestra fe.

Pues si como vamos a probar en este libro, resulta que toda la tradición ha sostenido que los Santos Evangelios fueron escritos por San Mateo, San Marcos, San

Lucas y San Juan, y si ahora se pudiera demostrar que no es verdad y que el conjunto unánime de los Santos Padres se han equivocado y nos han engañado, como dicen los progresistas, ¿qué crédito nos merece la Sagrada Tradición?

Quiénes escribieron los Evangelios.

¿Nos interesa saber quiénes escribieron los Evangelios? Si sabemos que éstos fueron inspirados por Dios, ¿qué importancia tiene saber quiénes los escribieron?. Por la fe de la Iglesia sabemos que son "Palabra de Dios", tanto si quienes los escribieron fueron santos como si fueron pecadores: nosotros sabemos por la fe que el verdadero autor de toda la Biblia es el mismo Dios, luego el saber de quiénes se sirvió para componer los Evangelios, parece algo secundario y de muy poca importancia.

Esto es lo que dicen muchos, y lo que a mí mismo me parecía hace algunos años. Pero cuando me he dado cuenta de que la mayoría de los cristianos de hoy están perdiendo la fe, y que lo que menos les gusta es que les hablen de dogmas impuestos y de verdades de fe definida, porque en lo que menos creen es en los curas y en la organización de la Iglesia, he comprendido que no solamente es necesario, sino también muy importante volver a la apologética para tratar de aclarar las ideas exponiendo los argumentos racionales convincentes para que con la ayuda de la gracia de Dios puedan comprender la verdad por la sola luz de la razón.

A los ateos racionalistas de hoy no podemos irles diciendo: "Esto hay que creerlo porque lo ha dicho el Papa"; ni tampoco decirles: "Esto hay que creerlo porque fue definido como dogma de fe en el concilio de Trento, o en el concilio de Nicea, etc..." Eso así no puede decírsele a quienes dicen que no creen en la Iglesia ni en la autoridad de los concilios. Pero como presu-

men de "racionalistas", si podéis interpelarles con los argumentos racionales apologéticos que demuestran claramente la verdad de muchas cosas que nosotros creemos por la fe, entre las cuales se encuentran la autenticidad de los Evangelios. Y por eso considero importantísimo defender la historia de la Tradición donde se nos asegura que los Evangelios donde se nos dice lo que hizo y lo que dijo Jesús, no son libros escritos por personas desconocidas de las que no podamos tener seguridad si ellos sabían con certeza lo que escribieron en los Evangelios.

Los Santos Padres desde principios del siglo II nos aseguran con rotundidad y firmeza que los Evangelios tienen origen apostólico, no solamente por haber sido ellos quienes por mandato de Cristo primero lo predicaron, sino porque también ellos mismos fueron los que los escribieron junto con algunos de sus discípulos.

Nunca nadie dudó de que los mismos Apóstoles eran los verdaderos autores de los Evangelios hasta que en siglo XVIII algunos herejes racionalistas que negaban la divinidad de Jesucristo empezaron por negar también la autenticidad de los Evangelios, siendo contestados y hábilmente refutados por muchos y muy buenos apologistas católicos. Otros muchos, en cambio, no daban importancia ni se percataron de la gravedad de esta doctrina, pensando que mientras no se negara su inspiración, lo demás no tenía importancia.

Yo mismo, incluso, no me di cuenta de lo dañosa y destructiva de esta doctrina hasta que leí la obra del P. Hillaire: **"La Religión Demostrada"**, donde he visto cómo un tan grande y experimentado apologista da tanta importancia a los Evangelios, no como libros

inspirados, sino como libros históricos, porque para convencer a los racionalistas no se les puede hablar de dogmas ni de verdades de fe definidas, sino solamente de razones concluyentes y de verdades históricas que no ofrezcan dudas.

Por eso, con relación a la autenticidad de los Evangelios, los mejores argumentos para saber que son verdaderos es comprobar que toda la tradición de los autores cristianos desde los primeros siglos nos dan pruebas de que fueron escritos por aquellos mismos que convivieron con Jesucristo y fueron testigos oculares de todo lo que en los mismos Evangelios se relata.

Lo decía el mismo Strauss: "La historia evangélica sería inatacable si se probase que había sido escrita por testigos oculares o por lo menos por autores vecinos a los sucesos" (Introd. a la Vida de Jesús, párrafo 13). El que los Evangelistas hayan sido testigos de lo que afirman, el que con su vida hayan demostrado que creían lo que escribieron, y el que con su muerte nos ratificaran su fe en el Evangelio, es una garantía muy grande, racional y humana que nos dan los Evangelios. No recuerdo quién fue el que dijo: "Yo creeré fácilmente a todos aquellos que son capaces de dar su vida en testimonio de lo que afirman".

Sabemos que Nuestro Señor Jesucristo mandó a sus Apóstoles a la conquista del mundo con estas palabras: **"Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda criatura, haciendo discípulos míos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado... (Mt 28, 19-20)** Y añadió: **Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis**

mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra" (Hech. 1, 8).

Los apóstoles daban muchísima importancia a esto de haber sido testigos oculares del Evangelio, y por eso, cuando tuvieron que elegir a uno nuevo para ocupar la plaza que había dejado Judas, Pedro, utilizando su autoridad, dijo: **"Conviene, pues, que de entre los varones que nos acompañaron todo el tiempo que el Señor Jesús vivió entre nosotros, desde el bautismo de Juan hasta el día en que nos fue arrebatado a lo alto, uno de ellos sea constituido testigo con nosotros de su resurrección"** (Hech. 1, 21-22).

También a San Pablo, **"el último de los Apóstoles"**, cuando cayó al suelo y fue convertido, le dijo el Señor: **"Levántate y ponte en pie; pues para esto me he aparecido a ti, para hacerte ministro y testigo de las cosas que has visto y de las que vas a ver..."** (Hech. 26, 16).

Los Apóstoles, pues, pudieron convertir en muy poco tiempo a medio mundo al cristianismo, entre otras cosas, porque predicaban como testigos oculares de todo lo que enseñaban, diciendo: **"Nosotros somos testigos de estas cosas, como también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a todos los que le obedecen"** (Hech. 5, 32). **"Nosotros somos testigos de todas las cosas que hizo en la región de los judíos, y en Jerusalén, al cual mataron colgándole de un madero... A Éste Dios lo resucitó al tercer día y le ha concedido manifestarse, no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios antes había ordenado: a nosotros que comimos y bebimos con El después que resucitó de entre los muertos, y nos ordenó predicar al pueblo y dar testimonio de que El es el constituido por Dios juez de vivos y muertos"** (Hech.10, 40-42).

Así convertían también a los paganos, diciendo: "**No os hemos dado a conocer el poder de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino siendo testigos oculares de su grandeza...**" (2 Ped 1, 16-17) Y cuando les amenazaban por predicar a Jesucristo, les contestaban: "**No podemos menos de hablar lo que hemos visto y oído**" (Hech. 4, 20). Y por eso el Apóstol San Juan, convencido de la enorme importancia que tenía el haber sido testigo de los hechos que relata en su Evangelio, no se cansa de repetir: "**Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida, pues la Vida se manifestó, y vimos y testificamos y os anunciamos aquella Vida eterna que estaba con el Padre y se nos ha aparecido. Esto que hemos visto y oído, os lo anunciamos también a vosotros para que también vosotros tengáis comunión con nosotros, y nuestra comunión sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo...**" (1 Jn. 1, 1-4). Y al hablarnos de la lanza que le atravesó el costado y que tanto le impresionó, dice: "**El que lo ha visto ha dado testimonio y su testimonio es verdadero, pues él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis**" (Jn. 19, 35). Y concluye con estas palabras: "**Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y las ha escrito, y sabemos que su testimonio es verdadero**" (Jn. 21, 24).

La Tradición Evangélica en el siglo II

¿Cómo se formó la tradición evangélica en el siglo segundo? La tradición oral y escrita que desde los Apóstoles y los Padres Apostólicos del siglo primero pasó al siglo segundo, naturalmente tuvo que ser muchísimo mayor de lo que hoy conocemos.

a) En primer lugar está la tradición oral que desde los mismos Apóstoles y de los Padres Apostólicos pasó a los Santos Padres del siglo II, que debió ser mucha, pero que hoy no conocemos. Así como sabemos que San Ireneo supo muchas cosas de los Apóstoles a través de San Policarpo, es de suponer que otros muchos discípulos de los Apóstoles conectaron del mismo modo con los Padres del siglo segundo y los informaron directamente entre otras muchas cosas de los autores de los Evangelios.

b) En segundo lugar estaban numerosos escritos del siglo primero que pudieron leer muy bien los Padres del siglo segundo, y que hoy no conocemos porque la mayoría de ellos se perdieron. La prueba está en los numerosos escritos que aun pudo encontrar San Eusebio de Cesarea en el siglo IV y que luego se perdieron. Pues si desde el siglo primero y principios del siglo segundo llegaron tantos escritos hasta el siglo IV, ¿cuantos más serían los que desde el siglo primero solamente llegaron al siglo segundo o al siglo tercero?

Nadie, pues, debe dudar de que los Santos Padres del siglo segundo tuvieron toda clase de facilidades para saber lo que había sucedido en la segunda mitad del siglo primero cuando se cree que fueron compuestos los

Evangelios sinópticos, y mejor aun quién escribió el Evangelio de San Juan compuesto a finales del siglo primero.

Nosotros conocemos al menos una docena de Santos Padres que sabemos vivieron toda su vida o parte de ella en el siglo segundo, los cuales escribieron sobre el origen de los Evangelios; pero además de estos que vamos a citar, no cabe duda de que debieron ser muchísimos más los que escribieron sobre el mismo tema e informaron de ello a los Santos Padres del siglo tercero. Veamos a continuación los nombres de los Padres más famosos que vivieron en el siglo segundo: 1,-San Papías (m. 130), 2,-San Policarpo (m. 155), 3,-San Justino (m. 160), 4,-San Teófilo de Antioquía (m. 180), 5,-San Polícrates (m. 199), 6,-San Panteno (m. 199), 7,-Fragmento de Muratori (s.II), 8,-Prólogos antimarcionitas (s.II), 9,-Actas Juanis (s.II), 10,-Herejes del siglo II, 11,- Papiro Rylands (s.II), 12,- San Ireneo de Lyón (m. 202).

Escritores y documentos del siglo II

San Papías obispo de Hiérapolis (m. 130).

San Papías tiene la particularidad de haber sido el primero de los Santos Padres que nos da los nombres de los Evangelistas en su obra en cinco libros titulada: **"Explicaciones de Sentencias del Señor"**.

De él nos habla San Ireneo diciendo: "Papías fue discípulo de Juan y compañero de Policarpo, varón antiguo que tiene compuestos cinco libros" (Adv. haer. V. 33, 4).

También San Anast. Sinait, nos dice: "Papías, el ilustre hombre de Hierápolis fue discípulo del que reposó sobre el pecho del Señor".(Contempl. anagog. in Hexaëm.,l. I: PG 89,860).

Y en otro lugar añade: "Papías hierapolitano fue discípulo de Juan Evangelista" (Idem, o.c.l.VII: PG 89,962).

Y en otros varios lugares se transmite esto de Papías:

> "EL Evangelio de Juan fue manifestado y dado a las Iglesias cuando vivía todavía en cuerpo, como lo refirió Papías, por nombre hierapolitano, discípulo caro de Juan, en los **Exotéricos**, es decir, en los últimos cinco libros. Ahora bien, al dictado de Juan transcribió rectamente el Evangelio" (Cod. Vatic. Alex. 14, s. IX, ed. J.M. THOMASIITS, Card. Opp. I, 344; Romae 1747; PITRA, Analecta Sacra,II,160).

De este último texto me llaman la atención principalmente estas palabras: "Al dictado de Juan transcribió rectamente el Evangelio", porque parece darnos a entender que fue el mismo Papías el amanuense del que se valió S. Juan para escribir el Evangelio.

De todas maneras, esta referencia de Papías, discípulo de Juan el Apóstol y compañero de Policarpo, tiene un valor Excepcional.

> **Sobre el Evangelio de Marcos:** "Marcos, intérprete que fue de Pedro, puso cuidadosamente por escrito, aunque no con orden , cuanto recordaba (que había dicho Pedro) de lo que el Señor había dicho y hecho. Porque él no había oído al Señor ni lo había seguido, sino, como dije, a

Pedro más tarde, el cual impartía sus enseñanzas según las necesidades (de sus oyentes), no como quien hace una composición de sentencias del Señor, pero de suerte que Marcos en nada se equivocó al escribir las cosas tal como las recordaba. Y es que puso toda su preocupación en una sola cosa: no descuidar nada de todo cuanto había oído ni engañar en ello lo más mínimo".

Esto es lo que cuenta Papias acerca de Marcos. Referente a Mateo dice lo siguiente:

"Mateo ordenó las sentencias del Señor en lengua hebrea, pero cada uno las tradujo como mejor podía" (HE. 3, 39, 15-16).

San Policarpo Obispo de Esmirna (m. 155).

La figura de San Policarpo, "Obispo de Esmirna" y mártir sagrado, es una de las más atrayentes y limpias de la primitiva cristiandad. El es uno de los siete ángeles del Apocalipsis, el de la Iglesia de Esmirna, consagrado obispo por el mismo San Juan, como asegura Tertuliano, al que le escribe: "**Esto dice el primero y el Último, el que estuvo muerto y revivió: Sé tu tribulación y tu pobreza; pero eres rico, y sé también cómo blasfeman los que se llaman a si mismos judíos y no lo son, sino sinagoga de Satanás. Nada temas por lo que has de sufrir. Mira que el diablo va a arrojar a algunos de vosotros a la cárcel para que seáis tentados, y tendréis tribulación durante diez días . Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida...**" (Ap. 2, 8. 10).

Afortunadamente para nosotros, entre la muchedumbre de fieles de la Iglesia de Esmirna que ama, venera y escucha a su obispo, hay un muchacho de ojos vivos y alma despierta que le sigue en todos sus movimientos,

observa sus gestos, graba en su memoria hasta los rasgos de su faz y archiva en su corazón de creyente fervoroso todas las palabras de policarpo, palabras que tienen acento apostólico y traen un eco vivo y no lejano de la palabra misma del Señor. Ese niño devoto y afortunado, de origen oriental, pero destinado para gloria y luz de Occidente, se llama Ireneo; y cuando sea el Obispo de las Galias y martillo de los herejes, el recuerdo del obispo de Esmirna acudirá mil veces a su memoria, y su solo nombre será argumento bastante contra todo descarrío de la recta doctrina. La pluma de Ireneo estampará muchas veces el nombre de su maestro; pero bien puede afirmarse que de cuantos testimonios rinde el obispo de Lyón al de Esmirna, ninguno hay comparable a la carta que escribe a su amigo el presbítero romano Florino, caído en la herejía agnóstica, y a quien trata, evocándole los recuerdos de infancia y juventud, de reducirle a la fe ortodoxa:

"Estas doctrinas, Florino, para decirlo suavemente, no corresponden a un sano sentir; estas doctrinas no están acordes con la Iglesia y precipitan a quienes las siguen en la más grande impiedad; estas doctrinas ni aun los herejes que están fuera de la Iglesia se atrevieron jamás a lanzarlas a la pública luz; estas doctrinas no te las transmitieron los ancianos anteriores a nosotros, que convivieron con los Apóstoles. Porque yo te vi, cuando era aun un muchacho, en Asia interior junto a Policarpo, desempeñando brillante papel en la corte imperial, y tratando de ganarte la estimación de aquel. Y es así que de lo de entonces ocurrido me acuerdo mejor que de lo que ayer mismo aconteciera, como quiera que lo que de niños aprendemos crece juntamente con el alma y se hace una

cosa con ella. De tal, suerte que puedo decirte hasta el lugar en que el bienaventurado Policarpo se sentaba para dirigir su palabra cómo entraba en materia y cómo terminaba sus instrucciones, su género de vida, la forma de su cuerpo, las pláticas que dirigía a la muchedumbre; cómo contaba su trato con Juan y con los demás que habían visto al Señor, y cómo recordaba las palabras de ellos, y qué era lo que había oído él de ellos acerca del Señor, ya sobre sus milagros, ya sobre su doctrina; todo lo cual, como quien lo había recibido de quiénes fueron testigos de vista de la vida del Verbo, Policarpo lo relataba de acuerdo con las Escrituras. Todas esas cosas no sólo las escuché entonces diligentemente por la misericordia de que Dios usó conmigo, archivándolas no precisamente en el papel, sino en mi propio corazón; y siempre, por la misericordia de Dios, las sigo auténticamente rumiando. Y así puedo atestiguar delante de Dios que si algo de esto hubiera oído aquel bienaventurado y apostólico anciano, hubiera lanzado un grito y, tapándose los oídos y exclamando como lo tenía de costumbre: "¡Oh buen Dios, para que tiempos me has guardado, que tenga que soportar estas cosas !", se hubiera escapado aun del lugar en que sentado o de pie, hubiera escuchado tales discursos. Y ello puede demostrarse por las cartas que escribió, ora a las Iglesias vecinas para afianzarlas en la fe, ora a hermanos particulares para dirigirles avisos y exhortaciones" (Eus. HE.V. 20, 3).

Este texto de Ireneo, aparte su frescor y evocadora belleza, por fluir juntos como de remoto hontanar los recuerdos de su infancia y adolescencia y los de la infancia misma de la Iglesia, tiene capital importancia para la vida y la obra de San Policarpo. Este se nos presenta,

ante todo, y ello le aureola de gloria y veneración ante la Iglesia del siglo II, como discípulo inmediato del apóstol San Juan.

Si hemos de creer a Tertuliano (**De praescr. haer. 32**), fue el mismo apóstol San Juan quien estableció a San Policarpo obispo de Esmirna, "según tradición de aquella Iglesia, al modo que la Iglesia de Roma afirma que Clemente fue ordenado obispo suyo por San Pedro". Esta noticia de Tertuliano no hace sino precisar de manera absolutamente verosímil lo que de modo general afirma también San Ireneo en otro testimonio importante sobre Policarpo:

"Y Policarpo, que no sólo fue enseñado por los Apóstoles y tuvo trato con muchos que habían visto al Señor, sino que fue además establecido por los mismos Apóstoles en Asia como obispo de la Iglesia de Esmirna, y a quien nosotros mismos vimos en nuestra primera juventud (vivió, en efecto, muchos años y, muy viejo ya, salió de la vida habiendo sufrido glorioso y muy ilustre martirio), enseñó siempre lo que aprendió de los Apóstoles, que es lo mismo que la Iglesia transmite y lo único que es verdadero. Estas enseñanzas las atestiguan todas las Iglesias de Asia y los que hasta hoy han sucedido a Policarpo..." (Adv. haer. III, 3, 4; Eus. HE. IV. 14, 3).

Queda, pues clarísimo que San Policarpo conoció y fue discípulo del apóstol San Juan, el discípulo amado de Jesús, así como Ireneo trató al mismo San Policarpo, a través del cual conoció directamente la verdad apostólica y quiénes fueron los autores de los Evangelios, de lo cual nos ocupamos en este libro.

Por San Ireneo sabemos que San Policarpo no escribió solamente la Carta a los Filipenses, sino que, como dice

en la Carta a Florino, que hemos transcrito, escribió también a las Iglesias vecinas y a hermanos particulares...

A continuación vamos a copiar un texto atribuído a San Policarpo por San Víctor de Capúa, que algunos han creído apócrifo, pero que varios estudiosos han hecho sobre él un estudio crítico y profundo del que dan como resultado de que son muchas las posibilidades de que verdaderamente sea auténtico. El texto es como sigue:

> "Lo mismo decimos del comienzo del Evangelio, según Marcos. Con razón usan los evangelistas de diversos principios, aunque se vea la misma y única intención de evangelizar. Mateo por escribir a los hebreos, tejió el orden de la genealogía de Cristo para probar que Cristo descendió de aquel linaje del que había de nacer, como habían cantado los profetas.
>
> Pero Juan que vivía con los de Efeso, quienes por ser gentiles ignoraban la ley, principio su Evangelio por la causa de nuestra redención; la que se descubre en haber querido Dios que su Hijo se encarnase por nuestra salvación.
>
> Lucas comienza en el sacerdocio de Zacarías, a fin de declarar a las gentes la divinidad de Cristo con el nacimiento de su hijo (Juan), y con el oficio de tan grande predicador.
>
> De donde Marcos declara las antiguas profecías, convenientes a la venida de Cristo, para que su predicación apareciese, no como nueva, sino anunciada por la antigüedad. O bien los evangelistas cuidaron de comenzar por aquello que creían convenir a sus oyentes. Nada, pues, contrario hay en ellos, que, con diversidad de escritura, nos llevan con todo a la misma patria".

Como hemos dicho, estos textos han sido atribuidos a San Policarpo por San Víctor obispo de Capúa en el siglo

VI. Y ¿quién era San Víctor de Capúa?. Este Santo Padre era un gran erudito muy especializado en la literatura patrística antigua, como lo demostró por sus importantes trabajos. Recuérdese que Víctor de Capúa fue el que dio forma latina al **Diatessaron** de Taciano, y cita en él **Expositum** a orígenes, a Basilio, a Diodoro de Tarso y Severiano de Gábala, luego estaba en las mejores condiciones para citar directamente a Policarpo. Luego estos fragmentos tienen grandísima probabilidad de ser auténticos, dada la acreditada autoridad no despreciable de San Víctor. Por tanto, la conclusión no parece dudosa: los fragmentos son en su contenido al menos y sustancialmente, obra de San Policarpo. Al menos a nosotros nos parece injustificado el olvido en que se ha dejado este importantísimo testimonio de la autenticidad de los Evangelios, como si se tratase de unos fragmentos manifiestamente apócrifos. (Véase: José M. Bover, Estudios Eclesiásticos, Madrid, enero de 1935, pp. 4-19).

San Justino (m. 160).

San justino Mártir es el apologista griego más importante del siglo II y una de las personalidades más nobles de la literatura cristiana primitiva. Nació en Palestina, en, Flavia Neápolis, la antigua Sichem. Sus padres eran paganos. Él mismo nos refiere (Dial. 2-8) que probó primero la escuela de un estoico, luego la de un peripatético y, finalmente, la de un pitagórico. Ninguno de éstos filósofos logró convencerle ni satisfacerle. El estoico fracasó porque no le dio explicación alguna sobre la esencia de Dios. El peripatético exigió muy inoportunamente a

Justino el pago inmediato de la matricula, a lo que respondió éste dejando de asistir a sus clases. El pitagórico le exigió que estudiara primero música, astronomía y geometría; pero Justino no sentía la menor inclinación hacia estos estudios. El platonismo, por su parte, le atrajo por un tiempo, hasta que un día, mientras se paseaba por la orilla del mar, un anciano logró convencerle de que la filosofía platónica no podía satisfacer el corazón del hombre y le llamó la atención sobre los "profetas, los únicos que han anunciado la verdad". "Esto dicho —relata Justino— y muchas otras cosas que no hay por que referir ahora, marchóse el viejo, después de exhortarme a seguir sus consejos, y no le volví a ver más. Mas inmediatamente sentí que se encendía un fuego en mi alma y se apoderaba de mí el amor a los profetas y a aquellos hombres que son amigos de Cristo, y, reflexionando conmigo mismo sobre los razonamientos del anciano, hallé que ésta sola es la filosofía segura y provechosa. De este modo, pues, y por estos motivos soy yo filósofo, y quisiera que todos los hombres, poniendo el mismo fervor que yo, siguieran las doctrinas del Salvador" (Dial. 8). La búsqueda de la verdad le llevó al cristianismo. También sabemos por él que el heroico desprecio de los cristianos por la muerte tuvo una parte no pequeña en su conversión: "Y es así que yo mismo, cuando seguía las doctrinas de Platón, oía las calumnias contra los cristianos; pero; al ver cómo iban intrépidamente a la muerte y a todo lo que se tiene por espantoso, me puse a reflexionar ser imposible que tales hombres vivieran en la maldad y en el amor a los placeres" (Apol. 2, 12). La sincera búsqueda de la verdad y la oración humilde le llevaron finalmente a abrazar la fe de Cristo: "Porque también yo, al darme

cuenta que los malvados demonios habían echado un velo a las divinas: enseñanzas de Cristo con el fin de apartar de ellas a los otros hombres, desprecié lo mismo a quienes tales calumnias propalaban, que el velo de los demonios y la opinión del vulgo. Yo confieso que mis oraciones y mis esfuerzos todos tienen por blanco mostrarme cristiano" (Apol. 2, 13). Después de su conversión, que probablemente tuvo lugar en Efeso, dedicó su vida toda a la defensa de la fe cristiana. San Justino nos habla en sus obras de la Eucaristía y de los Evangelios:

> "Los Apóstoles en sus Comentarios, que se llaman Evangelios, nos transmitieron lo que les fue mandado ..." (Apol. 1, 66).
>
> "Y el día que se llama del Sol, (esto es el domingo), se reunen en un mismo lugar, tanto los que habitan en las ciudades como los que viven en el campo, (para escuchar) los Comentarios de los Apóstoles, (los Evangelios), o los Escritos de los profetas, por el tiempo que se puede. Después, cuando ha terminado el lector, el que preside toma la palabra para amonestar y exhortar a las cosas insignes" (Apol. 1, 65).

Como se ve, en tiempos de San Justino, en las reuniones litúrgicas de los domingos ya se daba a los Evangelios la misma autoridad que a las Sagradas Escrituras del Antiguo Testamento.

Y continúa hablando de la Misa:

> "A la Eucaristía a nadie le es licito participar de ella si no cree ser verdaderas nuestras enseñanzas y se ha lavado en el baño del perdón de los pecados (Bautismo), y de la regeneración, viviendo de acuerdo con lo que Cristo nos enseñó. Porque esto no lo tomamos como pan común

ni como bebida ordinaria, sino que así como nuestro Salvador Jesucristo, encarnado por la virtud del Verbo de Dios, tuvo carne y sangre por nuestra salvación, así se nos ha enseñado que, en virtud de la oración del Verbo que de Dios procede, el alimento sobre el que fue dicha la acción de gracias —del que se nutren nuestra sangre y nuestra carne al asimilarlo— el Cuerpo y la Sangre de aquel Jesús encarnado. Y, en efecto, los Apóstoles en los Recuerdos que escribieron, que se llaman Evangelios, nos transmitieron que así les fue mandado, cuando Jesús tomó el pan, dio gracias y dijo: "Haced ésto en memoria mía" (Lc. 22, 19) (Apol. I, 66-67).

"Porque en los Recuerdos (Evangelios) que yo digo fueron compuestos por los Apóstoles (Mateo y Juan), y por quienes a éstos siguieron (Marcos y Lucas)..." (Dial. con Trifón, 103).

San Teófilo de Antioquía (m. 181)

Según Eusebio (HE.4,20), Teófilo fue el sexto obispo de Antioquía de Siria. De sus escritos se deduce claramente que nació cerca del Eufrates, de familia pagana y que recibió educación elenística. Se convirtió al cristianismo siendo de edad madura, tras largas reflexiones y después de un estudio concienzudo de las Escrituras. En primer lugar nos habla de la inspiración bíblica de todas las Escrituras, y termina asegurándonos que el apóstol San Juan es el autor del cuarto Evangelio:

"Hallamos en completo acuerdo las palabras de los Profetas y las de los Evangelios, por razón de que todos hablaron inspirados por el solo y único Espíritu de Dios" (Ad Autolycum, 3, 12).

Los hombres de Dios, siendo profetas y conducidos por el Espíritu Santo, fueron divinamente instruidos, porque el mismo Dios los adoctrinaba e inspiraba la doctrina, de tal forma que la Palabra de Dios se nos comunica por ellos como por un instrumento... (Ibid. 2, 9).

"No seas pues, incrédulo, sino cree. Porque tampoco yo en otro tiempo creía que ello pudiera ser; más ahora, tras haberlo bien considerado, lo creo, porque juntamente leí las Sagradas Escrituras de los Santos Profetas, quienes inspirados por el Espíritu de Dios, predijeron lo pasado tal como pasó, lo presente tal como sucede y lo por venir tal como se cumplirá. Teniendo, pues, la prueba de las cosas sucedidas después de haber sido predichas, no soy incrédulo, sino que creo y obedezco a Dios" (BAC 116, 781).

"Todos los (evangelistas) fueron movidos por el Espíritu Santo, y entre ellos, Juan, que dice así: "En el principio fue el Verbo y el Verbo estaba en Dios": Y luego añade: "El Verbo era Dios; todo fue hecho por EL, y nada sin EL fue hecho" (Ad Autolycum, 2, 22).

El apóstol Juan, **"el pneumatóforo"** fue el autor del cuarto Evangelio" (BAC 282, pág. 366).

San Polícratas (m.189-199)

San Polícratas, obispo de Efeso, en una carta al papa Víctor atribuye al apóstol Juan el cuarto Evangelio, y añade:

"Nosotros, pues, celebramos intacto este día (de Pascua), sin añadir ni quitar nada. Porque también en Asia reposan grandes luminarias que resucitarán el día de la venida del Señor, cuando venga de los cielos con gloria en busca de todos los santos: Felipe, uno de los doce apóstoles, que reposa en Heriápolis con dos hijas suyas que llegaron vírgenes a la vejez, y otra que, después de vivir en el Espíritu Santo, descansa en Efeso".

"Y además está Juan, el que se recostó sobre el pecho del Señor, y que fue sacerdote portador del petalón, mártir y maestro: éste también reposa en Efeso" (HE. III, 31, 4-5).

San Panteno (m.199)

San Panteno, apóstol de Arabia, fue uno de los hombres más sabios de su tiempo, fundador de la Escuela de Alejandría, siendo maestro de San Clemente Alejandrino, estuvo al frente de aquella institución hasta su muerte, antes del año 200. Algunos opinan que fue él el autor de la Epístola a Diogneto.

Se dice de él que visitó la India o Arabia meridional, como misionero, y que allí encontró el Evangelio en hebreo de San Mateo, a donde lo debió llevar el apóstol San Bartolomé (HE. 5, 10). Según San Jerónimo **(De Vir. Ilust.36)** llegó a Alejandría ese ejemplar llevado por San Panteno.

De él dice San Eusebio de Cesarea:

> "Se cuenta, pues, que demostró un celo tan grande por la doctrina divina con su ardentísima disposición de ánimo, que incluso fue proclamado heraldo del Evangelio de cristo para los paganos del Oriente y enviado hasta las tierras indias. Porque había, sí, había hasta aquel entonces aun numerosos evangelistas de la doctrina, cuya preocupación era poner a contribución su inspirado celo de imitación de los apóstoles para acrecentamiento y edificación de la doctrina divina.
>
> "De éstos fue también Panteno, y se dice que fue a la India, donde es tradición que se encontró con el **Evangelio de Mateo** que se le había adelantado en su llegada entre algunos habitantes del País que conocían a Cristo:

Bartolomé, uno de los apóstoles, les había predicado y les había dejado el **Escrito de Mateo** en los propios caracteres hebreos, escrito que conservaban hasta el tiempo mencionado (HE. V, 10, 2-3).

FRAGMENTO DE MURATORI, (SIGLO II)

Es el documento más antiguo que poseemos sobre la fe de la Iglesia primitiva acerca del canon del Nuevo Testamento. Lo encontró L. A. Muratori el año 1740 en el códice J. sup. de la Biblioteca - Ambrosiana de Milán y lo publicó en «Antiquitates italicae Medii Aevi», t. 2 p. 851. El códice es una copia del siglo VIII, pero el texto original parece remontarse al año 170 aproximadamente, ya que en la línea 73 se habla del Pastor que HERMAS escribió recientemente («nuperrime»), siendo obispo de Roma Pío (I40-I55). El texto está mutilado al principio y al fin. Distingue cuatro clases de libros:

Iª. Los que se leen públicamente en la Iglesia (los cuatro Evangelios -faltan los dos primeros, pero se dice tercero al de Lucas-, los Hechos de los Apóstoles, 13 Epístolas de San. Pablo- falta la Carta a los Hebreos-, dos Epístolas de San Juan, el Apocalipsis del mismo apóstol, la Epístola de San Judas y- ¡cosa chocante! -el libro de la Sabiduría).

2ª. Los que algunos no quieren que se lean en la Iglesia (el Apocalipsis de San Pedro).

3ª. Los que se pueden leer en privado, pero no conviene leer en la Iglesia (el Pastor de Hermas); y

4ª. Los que no se pueden recibir en la Iglesia, porque «no conviene mezclar la hiel con la miel» (los escritos de los herejes, líneas 81-85 ; y las Epístolas apócrifas de

San Pablo a los Laodicenses y a los Alejandrinos, inventadas por Marción).

Como se ve, de los libros canónicos del Nuevo Testamento sólo faltan: las dos Cartas de- San Pedro (de las cuales acaso se hablaba al tratar de su Evangelio, que es el de Marcos), la Epístola de Santiago (que aparece citada en el *Pastor de Hermas*, aquí mencionado con elogio), y la Carta a los Hebreos.

El precioso testimonio que sobre la inspiración divina de los Evangelios contiene en las líneas 16-26, parece ser una réplica contra, Marción.

> 1 ...a los cuales estuvo presente y así lo puso. El tercer libro del Evangelio es el de Lucas. Este Lucas, médico después de la ascensión de Cristo, como Pablo lo hubiese llevado consigo por verlo aficionado a viajar, escribió en su nombre de oídas, ya que él tampoco conoció al Señor personalmente, y así, en la medida en que le fue asequible, comienza a hablar desde el nacimiento de Juan.
>
> 2. El cuarto Evangelio es el de Juan; uno de los discípulos. Rogado por sus condiscípulos y obispos, dijo: "Ayunad conmigo tres días a partir de hoy, y que cada uno de nosotros refiera a los demás lo que le fuere revelado". Aquella misma noche le fue revelado a Andrés, uno de los apóstoles, que, de conformidad con todos, Juan escribiera en su nombre. Y así, aunque parezca que se enseñan cosas distintas en los distintos Evangelios, no es diferente la fe de los fieles, ya que por el mismo principal Espíritu ha sido inspirado lo que en todos se contiene sobre el nacimiento, pasión y resurrección (de Cristo), así como sobre su permanencia con los discípulos y sobre su doble venida, despreciada y humilde la primera, que ya tuvo lugar, y gloriosa con regia potestad la segunda, que ha de suceder.
>
> ¿Qué tiene, pues, de extraño que Juan tan frecuentemente afirme cada cosa en sus epístolas diciendo a este

respecto: *Lo que vimos con nuestros ojos, y oímos con nuestros oídos, y nuestras manos palparon, esto os escribimos?* Con lo cual se profesa a la vez no sólo testigo de vista y de oído, sino escritor de todas las maravillas del Señor...

Prólogos antimarcionitas a los Evangelios (160-180)

Los Prólogos antimarcionitas estaban unidos a los Evangelios para defender su autenticidad contra los ataques heréticos de Marción, que aceptaba como canónicos solamente Lucas y algunas Epístolas. Son de gran interés histórico por cuanto que revelan la tradición de la primitiva Iglesia. Desgraciadamente el prólogo al Evangelio de San Mateo se perdió. De los demás, solamente de el de Lucas, que es el más extenso, se ha conservado el original griego. El de Marcos y el de Juan han llegado hasta nosotros en latín.

Este es el texto de los mencionados prólogos:

> Prólogo anti-marcionita: "Marcos aseveraba que era llamado "corto de dedos", porque tenía unos dedos más bien pequeños comparados con las dimensiones del resto de su cuerpo. Era el intérprete de Pedro. Una vez muerto Pedro escribió este mismo Evangelio en la región italiana".
>
> Lucas, un sírio de Antioquía, médico de profesión, fue discípulo de los Apóstoles. Según un dato posterior, fue discípulo de Pablo hasta su muerte. Después de haber servido al Señor sin falta y no haberse casado nunca, murió lleno del Espíritu Santo, en Boecia a la edad de 84 años. Como ya se hubiesen escrito Evangelios por Mateo en Judea y por Marcos en Italia, Lucas, impulsado por el Espíritu Santo, escribió su Evangelio en la región de Acacia. En el prólogo nos muestra que se han escrito otros Evangelios antes que el suyo, pero se necesitaba éste para presentar a

los creyentes convertidos del paganismo un relato exacto de la economía de la salvación, no sea que encontrasen obstáculos en las fábulas judías o se les indujese a extraviarse de la verdad debido a los engaños de los herejes".

"El Evangelio de Juan se reveló y fue dado a las Iglesias por Juan, mientras aun vivía, como un tal Papías de Hierápolis, discípulo querido de Juan, recordaba en sus cinco últimos libros".

ACTAS JOHANNIS (s.II).

Dice Muñoz de León: "¿Puede haber alguna duda de que los **Actas Johannis** identifican a Juan el hijo del Zebedeo con el **Discípulo Amado** del Cuarto Evangelio y al que el mismo Evangelio atribuye la autoría del escrito? ¿Acaso decir que Juan era el "Discípulo Amado" no era idéntico a decir que era el autor del Evangelio?

"Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas y las ha escrito"... (Jn 21,24). ¿Acaso no se nos dice aquí muy claramente que el autor del Cuarto Evangelio era un Apóstol de Jesucristo?

Pero cuando dice: **"y las ha escrito"**, no quiere decir que las haya escrito él mismo de su puño y letra; pudo escribir por medio de amanuenses a los que el Apóstol les dictaba. ¿No escribió también Orígenes, sirviéndose de taquígrafos que se renovaban para no cansarse? ¿Qué de extraño que también el anciano Apóstol los utilizase sin dejar de ser personalmente el autor inspirado del Cuarto Evangelio?

Herejes del siglo II

Dice Fillión que, según S. Ireneo y otros apologistas del siglo II, los primeros herejes como Basílides, Valentín, Marción y Taciano apoyaban sus argumentos heréticos en la autenticidad de los Santos Evangelios, que mutilaban y arreglaban a su conveniencia...

"¿No es notable este hecho? Los herejes del siglo II, como no podían negar su autenticidad por la evidencia que todos conocían, los mutilaban y tersiveraban, y se valían de la autoridad de los Evangelistas, para defender sus tesis. ¿No les hubiera sido mucho más sencillo y más cómodo negar, al modo de los racionalistas contemporáneos, el origen apostólico de estos escritos, librándose así de una vez de todas las objeciones? Seguramente eso les hubiera sido más fácil; pero la convicción de su autenticidad era entonces tan evidente e indiscutible, que los herejes se veían obligados a adoptar esta conducta respecto a ellos" (Filliòn, Vida de N. S. Jesucristo, parte I, pág.56).

El Papiro 52 (Rylands 457).

Este Papiro se halla en Manchester, en la biblioteca de Juan Rylands. Contiene unos versículos del Evangelio de San Juan 18,31-33. 37 s. Es un breve fragmento del más antiguo códice del Nuevo Testamento que se conoce. Fue hallado en una localidad remota, más allá de Egipto donde debió existir una comunidad cristiana a principios del siglo II. Los más famosos paleógrafos lo datan de finales del siglo I o primer decenio del siglo II. (Luis Conde, Los Manuscritos del Nuevo Testamento).

San Ireneo de Lyón (e.130-202).

San Ireneo, obispo de Lyón y discípulo de San Policarpo, es testigo mayor de toda excepción, porque recoge la tradición de Oriente y Occidente. Nace en el Asia Menor, hacia el 130; probablemente en Esmirna. Siendo joven frecuentaba las instrucciones de San Policarpo, el anciano obispo de Esmirna y discípulo inmediato del apóstol San Juan Evangelista, como nos dice el mismo Ireneo con estas palabras:

> "Policarpo no sólo fue adoctrinado por los apóstoles y vivió en compañía de muchos que habían visto a Nuestro Señor, sino que también fue nombrado por los mismos apóstoles obispo de la Iglesia de Esmirna en Asia, al cual le vimos también nosotros en nuestra juventud; porque él vivió muchos años y en una vejez avanzada, después de haber dado un glorioso y brillante testimonio, partió de esta vida. Ahora bien: él enseñó siempre lo que había aprendido de los apóstoles, lo cual transmitió también a la Iglesia, y es lo único verdadero. Todas las Iglesias de Asia dan testimonio de ello, y todos los que hasta el día de hoy han sucedido a policarpo..." (Adv. haer. 3, 3, 4).

Pero Ireneo no trató íntimamente solamente con Policarpo, sino también con otros muchos que también habían conocido a los Apóstoles, y principalmente al apóstol San Juan, como él mismo dice con estas palabras:

> "Esto es lo que los presbíteros, que también habían visto a Juan, discípulo del Señor, recuerdan haber oído de él, cuando evocaba la enseñanza del Señor..." (Adv. haer. 5,33,3).

Como vemos, San Ireneo conoció y trató con muchos que, como San Policarpo, habían sido discípulos de los Apóstoles y conocían muy bien sus enseñanzas.

Cuando murió San Policarpo en 155, estaba San Ireneo en Roma. En tiempo de la persecución de Marco Aurelio (161-168) era presbítero de la Iglesia de Lyón.

Hacia el 177 volvió a Roma con un mensaje de su Iglesia para el Papa y una carta de recomendación, en la que lo alababan como celador del Testamento de Cristo (HE. 5, 4, 2). A su vuelta a Francia fue nombrado obispo de Lyón. Murió probablemente mártir el año 202.

El P. Leal se interroga: "¿Cómo habla este personaje antiguo y autorizado, celoso defensor del Testamento de Cristo, sobre nuestros Evangelios? ¿Los halló como obras apostólicas y de remota antigüedad? Un autor del siglo II, si los encuentra como obras de remota antigüedad, ¿en qué fecha nos obligará a colocar la composición de los mismos?

Ireneo era un espíritu aquilatador, crítico, como diríamos hoy, de toda doctrina y verdad. Su norma es invariable. Tiene un metro y nada mas que uno para medir la verdad" de los dogmas y de la moral cristiana: la tradición, lo recibido de los mismos Apóstoles a través de aquellos que los conocieron. Doctrinas nuevas, que no dimanan de la tradición apostólica, son doctrinas que no vienen de la fuente, aguas turbias, herejías.

Conoció por experiencia la Iglesia de Roma, donde estuvo varias veces y trató con los que conocieron a los discípulos de los apóstoles Pedro y Pablo, y sabían muy bien el origen del Evangelio de Marcos. También conocía muy bien la Iglesia de Oriente donde recibió su primera educación escuchando las instrucciones de San Policarpo.

En su obra **Contra las Herejías** nos habla de los cuatro Evangelios y de sus autores, como de cosa conocida y admitida por todos.

El testimonio de Ireneo es apodíctico no sólo en favor de los tres primeros Evangelios, sino, sobre todo, en favor del cuarto Evangelio, como obra de San Juan Apóstol, ya que fue con San Policarpo y con los demás discípulos del Apóstol Juan con los que más trató directamente.

Pero como segun la tradición, Juan conoció y aprobó los Evangelios sinópticos, resulta que todos los que conocieron al apóstol Juan, pudieron conocer muy bien el origen de los cuatro Evangelios.

Veamos, pues, lo que nos dice San Ireneo sobre los Evangelios:

> "No hemos conocido la economía de nuestra salvación, sino por medio de aquellos por los que ha llegado a nosotros el Evangelio: el cual fue predicado primero, y nos ha sido transmitido después por voluntad de Dios en las Escrituras, para que sea fundamento y columna de nuestra fe. Porque no es licito decir que predicaron antes de tener perfecto conocimiento, tal como algunos se atreven a decir, vanagloriándose de ser correctores de los Apóstoles.
>
> En efecto, después que resucitó nuestro Señor de entre los muertos y los Apóstoles quedaron, por la venida del Espíritu Santo, revestidos de la fortaleza de lo alto, se llenaron de certidumbre acerca de todo y tuvieron conocimiento perfecto; marcharon a los confines de la tierra, proclamando la buena nueva de los bienes que nos vienen de Dios y anunciando la paz celeste a los hombres, que poseían el Evangelio de Dios, o bien todos en común, o bien cada uno de ellos en particular.

Y así Mateo redactó su Evangelio en hebreo, que era la lengua propia de ellos, mientras Pedro y Pablo evangelizaban en Roma y fundaban la Iglesia. Mas, después de su muerte, Marcos, discípulo e intérprete de Pedro nos transmitió él también por escrito lo que había sido anunciado por Pedro. Y Lucas, compañero de Pablo, consignó en un libro el Evangelio que era predicado por Pablo. Después también Juan, discípulo del Señor, el cual sé había recostado sobre su pecho, escribió el Evangelio residiendo en Efeso de Asia" *(Adv. Haer, 3,1,1)*.

"Esta misma fe ha sido anunciada por Juan, discípulo del Señor. Quería éste por medio del anuncio del Evangelio, extirpar el error sembrado entre los hombres por Cerinto, y mucho más antes que él, por aquellos que se denominan **"nicolaítas"**. Son estos una rama desgajada del árbol del agnosticismo. Quería Juan confundirlos y convencerlos de que no existe mas que un sólo Dios que hizo todas las cosas por medio de su Verbo... (Ibid, 11,1).

* * *

"Es tal la autoridad que se atribuye a los Evangelios, que hasta los mismos herejes les rinden testimonio y cada uno trata de probar su enseñanza apoyándose en ellos. Así los Ebionitas utilizan únicamente el Evangelio según Mateo; mas quedan convencidos por este mismo Evangelio de que su pensamiento sobre la persona del Señor es erróneo. Marción por otra parte recorta el Evangelio según Lucas, mas los fragmentos que se conservan en su poder, demuestran que es un blasfemo contra el único verdadero Dios. En cambio, los que separan a Jesús de Cristo y dicen que Cristo continuó impasible, y que fue Jesús el que padeció, dan preferencia al Evangelio según Marcos; mas si lo leen con deseo de verdad pueden corregirse. En cuanto a los discípulos de Valentín, hay que decir que utilizan hasta la saciedad el Evangelio según Juan para acreditar su sintonía con él; mas se mostrará con ello que no

dicen nada a derechas, tal como demostramos en el primer libro.

Así, pues, puesto que nuestros contradictores dan testimonio de los Evangelios y los utilizan, sólida y verdadera es la prueba que nosotros elaboramos a partir de ellos" (Adv. Haer. 3, 11,7).

* * *

"Por otra parte no puede haber un número de Evangelios ni mayor ni menor. Porque son cuatro las regiones del mundo en que habitamos, y cuatro los vientos principales y la Iglesia se ha extendido por toda la tierra, y, como tiene ella por columna y sostén el Evangelio y el Espíritu de vida, es natural que tenga cuatro columnas que despiden incorruptibilidad por todas partes y dan la vida a los hombres. Por ello se manifiesta que el Artesano de todas las cosas, o sea el Verbo, que se sienta sobre querubínes y contiene todas las cosas, cuando se manifestó a los hombres, nos dio un Evangelio tetramorfo, aunque sostenido por un solo Espíritu. Tal como David, implorando su venida, dice: "Tú que te sientas sobre los querubínes, muéstrate" Porque los Querubínes tienen cuatro figuras diferentes, y sus figuras simbolizan la actividad del Hijo de Dios. El primer animal, dice, es semejante a un león, que significa el poder, la preeminencia y realeza del Hijo de Dios; el segundo es semejante a un ternero o novillo, que dice relación al sacrificio y al sacerdote: el tercero tiene un aspecto humano, lo que evoca claramente su venida como hombre: y el cuarto es semejante a un águila volando, lo que indica el don del Espíritu volando sobre la Iglesia. Los Evangelios, por tanto, están en consonancia con estos seres vivos en los que se asienta Cristo-Jesús. Así el Evangelio de Juan narra su generación preeminente, eficaz y gloriosa que tiene del Padre, diciendo así: "En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios"; "y todo fue hecho por EL y sin El nada se hizo" (Jn, 1, 1-3). Por esta razón se

dice también que este Evangelio está lleno de imágenes muy atrevidas: tal es en efecto, su aspecto. El Evangelio según Lucas, siendo de carácter sacerdotal, comienza por el sacerdote Zacarías ofreciendo incienso a Dios, porque estaba ya preparado el ternero cebado que iba a ser inmolado por la recuperación del hijo menor. En cambio Mateo cuenta la generación humana del Verbo, diciendo: "Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham" etc.; y más adelante: "El nacimiento de Jesucristo fue así". Por consiguiente está bien que este Evangelio esté simbolizado por una figura humana, porque a todo lo largo de él, el Señor aparece como un hombre, humilde y manso. Marcos, finalmente comienza por el espíritu profético viniendo de lo alto sobre los hombres: "Principio del Evangelio, dice, según está escrito en el profeta Isaías". Muestra así una imagen alada del Evangelio; por eso anuncia su mensaje con brevedad y pinceladas rápidas, porque tal es el carácter profético. Y el Verbo de Dios en persona se comunicaba con los patriarcas anteriores a moisés, según su divinidad y gloria; a los hombres que vivieron bajo la ley les asignó una función sacerdotal y ministerial; después, haciéndose hombre por nosotros envió el don del Espíritu celestial sobre la tierra, protegiéndonos con sus alas. Cual era la actividad del Hijo de Dios, así era la forma de los animales; y cual era la forma de los animales, así era el carácter del Evangelio. Los animales eran tetramorfos. Así como el Evangelio y la actividad del Señor. Por esta razón fueron cuatro las alianzas que se dieron al género humano: Una, antes del diluvio, en tiempo de Adán; la segunda después del diluvio con Noé; la tercera fue al entregar la Ley de Moisés; y la cuarta, en fin, es la que hace al hombre nuevo y recapitula en sí todas las cosas por medio del Evangelio, levantando y haciendo volar a los hombres al reino celestial" (Adv. Haer. 3, 11, 8).

Escritores del siglo III

San Clemente Alejandrino (M.214)

Tito Flavio Clemente nació, hacia el año 150, de padres paganos. Parece que su ciudad natal fue Atenas y que allí recibió su primera enseñanza. Nada sabemos de la fecha, ocasión y motivos de su conversión. Una vez cristiano, viajó extensamente por el sur de Italia, Siria y Palestina. Su propósito era recibir instrucción de los maestros cristianos más renombrados. Dice él mismo que tuvo «el privilegio de escuchar a varones bienaventurados y verdaderamente importantes» (Strom. 1, 1, 11). Pero el acontecimiento de su vida que más influyó en su carrera científica fue el haber llegado al final de sus viajes a Alejandría. Las clases de Panteno le atrajeron de tal suerte que fijó su residencia en aquella ciudad, que en adelante fue su segunda patria. De Panteno, su maestro, dice lo siguiente:

> Cuando di con el último (de mis maestros), el primero en realidad por su valor, a quien descubrí en Egipto, encontré reposo. Verdadera abeja de Sicilia, recogía el néctar de las flores que esmaltan el campo de los profetas y los apóstoles, engendrando en el alma, de sus oyentes una ciencia inmortal (Strom.1, 1, 11).

Vino a ser discípulo, socio y asistente de Panteno y, finalmente, le sucedió como director de la escuela, de catecúmenos. No es posible señalar exactamente la fecha en que heredó el cargo de su maestro; probablemente hacia el año 200. Dos o tres años más tarde, la

persecución de Septimio Severo, le obligó a abandonar Egipto. Se refugió en Capadocia con su discípulo Alejandro, que sería más tarde obispo de Jerusalén. Murió poco antes del 215, sin haber podido volver a Egipto.

> "Clemente refiere de esta manera una cierta tradición acerca del orden de los Evangelios, que había recibido de unos antiguos presbíteros. Decía que de los Evangelios se escribieron primero los que contienen las genealogías. Refiere que el Evangelio de Marcos tuvo el siguiente origen: Hallándose Pedro en Roma predicando públicamente la doctrina y explicando el Evangelio por el Espíritu, los que estaban presentes -y eran muchos- exhortaron a Marcos, ya que le seguía desde hacía largo tiempo y se acordaba de lo que había dicho, a que lo pusiera por escrito. Así Marcos compuso el Evangelio y lo entregó a aquellos que se lo habían pedido.
>
> Pedro al enterarse, no se opuso a su realización ni lo fomentó" En cuanto a Juan, el último, viendo que en los Evangelios de los otros se encuentra todo lo corporal, estimulado por sus discípulos e inspirado por el soplo del divino Espíritu, compuso un Evangelio espiritual" (Eusebio HE. 6, 14).

Tertuliano (155-220)

Tertuliano nació en Cartago hacia el año 155 y se convirtió al cristianismo hacia el año 193. No dice las razones que le indujeron a convertirse. No fue, evidentemente, una concienzuda comparación de los diversos sistemas filosóficos la que le llevó a la fe, como es el caso de San Justino. Parece que lo que más influyó en él fue el heroísmo de los cristianos en tiempos de persecución puesto que en uno de sus escritos dice: "Todo el mundo,

ante constancia tan prodigiosa, se siente como sobrecogido por una inquietud y desea ardientemente averiguar su causa; en cuanto descubre la verdad, la abraza inmediatamente" (**Ad Scapulam 5**). La verdad fue el objeto supremo de su defensa del cristianismo y de sus ataques contra el paganismo y la herejía.

Decía: "El Dios de los cristianos es el Dios de la verdad; los que la hallan, encuentran la plenitud de la verdad. **Veritas** es lo que odian los demonios y rechazan los paganos; los cristianos sufren y mueren por ella. **Veritas** distingue al cristiano del pagano". En todas estas afirmaciones hay un profundo sentimiento religioso y un ardiente deseo de sinceridad ...Tertuliano habla con el corazón en la mano. En su defensa del espíritu religioso se muestra inflexible. "Todo hombre tiene derecho -dice- a escoger su propia religión". No puede ponerse en duda que él estaba dispuesto a morir por su fe. Sobre el origen de los Evangelios escribía:

> "Quede ante todo bien sentado que el Testamento Evangélico tiene por autores a los Apóstoles, a los cuales el Señor mismo impuso la misión de propagar el Evangelio. Hubo también varones apostólicos, no independientes, sino a una con los Apóstoles o en pos de sus huellas; porque la predicación de los discípulos pudiera tenerse por vana ostentación de ciencia, mejor aún, por la autoridad del mismo Cristo, que fue quien constituyó en maestros a sus apóstoles".
>
> "Finalmente, los apóstoles Juan y Mateo nos instruyen en la fe: y los varones apostólicos, Lucas y Marcos renuevan sus enseñanzas...
>
> "De la misma autoridad que las Iglesias apostólicas, gozan los Evangelios, que por ellas y según ellas se leían, se nos han transmitido. A los Evangelios de Juan y Mateo

me refiero; respecto al de Marcos, podemos decir que es el Evangelio de Pedro, cuyo intérprete fue aquel. En tanto que el contenido del Evangelio de Lucas, suele atribuirse a Pablo" (Adv. Marc. 4, 2) .

Orígenes (m.254)

Orígenes nació el año 185 y fue uno de los sabios más eminentes de la primitiva Iglesia. Digno sucesor de S. Clemente de Alejandría, fue un hombre de gran austeridad y conducta intachable, y uno de los pensadores más originales de todos los tiempos. Dice S. Eusebio (HE. VI, 23, 2): "Cuando dictaba tenía a mano más de siete taquígrafos, que se relevaban cada cierto tiempo ya fijado, un número no menor de copistas y también algunas jóvenes prácticas en caligrafía". Su producción literaria asombra, pues se calcula que compuso más de mil obras. Era hombre muy versado en las ciencias bíblicas y había recorrido todas las Iglesias principales de aquella época: Las de Roma, Alejandría, Antioquía, Cesarea, Asia Menor, Atenas, Arabia, por todo lo cual constituye un testimonio de máxima importancia y autoridad.

Esto es del gran Orígenes:

> "Como he recibido de la tradición acerca de los Cuatro Evangelios, que son los únicos que acepta la Iglesia de Dios que está bajo el cielo y se admiten sin controversia: el primero que se escribió fue el **Evangelio de Mateo**, quien fue al comienzo recaudador y después apóstol de Jesucristo, que lo publicó habiéndolo compuesto en lengua hebrea para los judíos convertidos a la fe.
>
> El segundo fue el **Evangelio de Marcos**, que lo compuso conforme a lo que Pedro había expuesto...

EL tercero es el **Evangelio de Lucas**, avalado por Pablo y escrito para los gentiles.

Además de todos estos está el **Evangelio de Juan**. ¿Qué se podría decir sobre Juan, el que se recostó sobre el pecho de Jesús? Dejó un sólo Evangelio aun cuando confesaba que podría escribir tantos que ni el mundo podría contenerlos. Y escribió también el Apocalipsis, tras recibir el mandato de callar y de no escribir las voces de los siete truenos. Dejó también una Carta de muy pocas líneas, y quizá también una segunda y una tercera, pues no todos dicen que estás sean genuínas (HE. 6, 25, 4-10).

"Atrevámonos a proclamar que la flor de todas las Escrituras son los Evangelios; pero la flor de los Evangelios es el Evangelio de Juan; y nadie podrá saborear su sentido si antes no ha reposado sobre el Corazón de Jesús, o si no ha recibido de Jesús a María por Madre... ¿Qué pureza de espíritu será necesaria para que descubramos el sentido escondido por la corteza de la letra?... Para la plena inteligencia de este sentido es necesario poder decir con verdad: "Tenemos el sentido de Cristo para conocer las gracias que nos ha hecho" (Com. in Jn. 1, 23).

PRÓLOGOS MONARQUIANOS A LOS EVANGELIOS (225-250)

Existen una serie de introducciones a los Evangelios más extensas que se conocen bajo el nombre de **Prólogos Monarquianos**. La fecha que se le asigna generalmente es la primera mitad del siglo III. Según O. Corssen, fueron escritos en Roma en círculos monarquianos unos treinta años después del **Fragmento Muratoniano**. Uno de los más antiguos, dice, respecto del primer Evangelio:

"En el orden de los Evangelistas, Mateo de Judea ocupa el primer puesto, porque él fue, en efecto, el primero

que escribió un Evangelio, estando en Judea" (**De historia canónica U. T. Roma, 1934, 364-368).**

El **Prólogo Antiquior**, el cuarto Evangelio se lo atribuye a Juan en Asia.

San Cipriano (m.258)

San Cipriano de Cartago fue discípulo de Tertuliano a quien admiraba. Fue obispo de Cartago y murió mártir el 258.

Con relación a los Evangelios dice:

"El Evangelio según Mateo o según Juan, son los títulos griegos de los Evangelios que nacieron ya en el siglo II, en manuscritos griegos. De ellos pasaron a versiones latinas africanas en uso ya probablemente en tiempos de los mártires sicilianos condenados a muerte en el año 180 (Quasten, **Patrología**, I pp. 528).

Teodoreto de Ciro (193-258)

Teodoreto en su **Haereticarum Fabularum Compendiun**, enseña que el apóstol S. Juan compuso su Evangelio en Efeso **(M. de Tuya, Biblia Comentada).**

San Dionisio de Alejandría (m.265)

En la Historia Eclesiástica de Eusebio, VII, 25, sobre el Apocalipsis de Juan, afirma que este libro no cree que sea del apóstol Juan, porque es de un lenguaje muy

distinto y diferente al cuarto Evangelio y a la primera Carta que con absoluta seguridad son del apóstol Juan. Se equivocó aquí San Dionisio, porque aunque el Apocalipsis está escrito con un lenguaje diferente, no fue Juan quien escribió de forma diferente, sino el Espíritu Santo quien le reveló las cosas de manera diferente.

Todo el capítulo 25 del libro VII lo dedica Eusebio a demostrar como San Dionisio creía firmemente que el cuarto Evangelio fue compuesto por el apóstol San Juan, pero no así el Apocalipsis.

> "Yo no contradiciré que el autor del Apocalipsis se llamaba Juan y que el libro ese es de Juan, porque incluso estoy de acuerdo de que la obra es de un hombre santo e inspirado por Dios. Pero yo no podría convenir fácilmente en que este fuera el Apóstol, el hijo del Zebedeo y hermano de Santiago, de quien es el Evangelio titulado de Juan y la carta católica".
>
> Efectivamente, por el carácter de uno y otro, por el estilo y por la llamada disposición general del libro, conjeturo que ambos no pueden ser del mismo autor. Ya que el evangelista en ninguna parte escribe su nombre ni se predica a si mismo: ni en el Evangelio, ni en la Carta...
>
> Pero es que ni siquiera en la segunda Carta, ni en la tercera, que se consideran de Juan, aunque breves, aparece Juan por su nombre, sino que de una manera anónima hallamos escrito: **el presbítero**. En cambio, este otro (del Apocalipsis, no creyó bastante nombrarse una sola vez y seguir la explicación, sino que repite de nuevo: **"Yo, Juan, vuestro hermano y copartícipe en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesús, estuve en la isla llamada de Patmos por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús".** etc. etc.
>
> "Por lo tanto, que es Juan quien esto escribe hay que creerlo pues él lo dice; pero no está claro quien sea éste,

puesto que no dice como en muchos pasajes del Evangelio, que él es el discípulo amado por el Señor, el que se reclinó sobre su pecho, el hermano de Santiago, el testigo ocular y oyente directo del Señor...

"Y por los pensamientos, por las palabras y por su ordenación, se comprenderá naturalmente que el uno es persona diferente del otro. Efectivamente, el Evangelio y la Carta concuerdan entre si.

Y los dos comienzan igual. Aquel dice: **En el principio era el Verbo**; ésta: **"Lo que desde el principio**; y aquel dice: **Y el Verbo se hizo carne y plantó su tienda entre nosotros y contemplamos su gloria, gloria como de unigénito del Padre"**. Y esta nos dice las mismas palabras solamente un poco cambiadas: **"Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y nuestras manos palparon acerca del Verbo de la vida, y la vida se manifestó..."** (HE. VII, 25).

San Gregorio Taumaturgo (213-270)

San Gregorio Taumaturgo nació de una familia de noble alcurnia en Neocesarea del Ponto. Primeramente se llamaba Teodoro y en el bautismo recibió el nombre de Gregorio. Una hermana suya lo invitó a ir a Palestina, donde ella estaba casada con el gobernador. Allí conoció a Orígenes en cuya escuela estudió algunos cursos y empezó para él el periodo decisivo de su vida.

Aquí nos habla de la inspiración bíblica:

"Hoy el Paráclito nos explicó el tesoro de las Escrituras inspiradas por Dios. Sea, en efecto, para nosotros un tesoro de sabiduría la lengua profética y la doctrina apostólica; pues no podemos tener perfecta, esperanza de salvación sin la Ley y los Profetas, o los Evangelistas, o los

Apóstoles. Pues por la lengua de los santos profetas y de los Apóstoles, habla nuestro Señor, y en la voz de los santos se complace y descansa Dios... Así, pues, cuando se lee el Evangelio, o los Escritos Apostólicos, no atiendas al libro o al lector, sino a Dios que te habla desde los cielos" (Hom. II en la Anun. de María).

San Pedro de Alejandría (m.311)

San Pedro de Alejandría llama al apóstol S. Juan **"teólogo y evangelista"**. Cita varios textos de su Evangelio, y entre otros 19,14 lee hora **tercia**, apelando a copias esmeradas y al mismo autógrafo que, por la divina gracia "se conserva con gran veneración de los fieles en la iglesia de Efeso" (MC 18, 517; 92, 77 C. BARTINA, Ignotom episemon gabex: VD 36 (1958) 35).

Nótese que S. Pedro de Alejandría apela a copias **esmeradas** del Evangelio de Juan, mostrando con ello su sentido critico. No dice que él viera el autógrafo, pero afirma que se venera en la iglesia de Efeso. (Juan Leal BAC 207 pp.783).

Escritores del siglo IV

San Eusebio de Cesarea (m-340)

Eusebio de Pánfilo, obispo de Cesarea de Palestina, es el **"Padre de la Historia Eclesiástica"**. Combina su máxi-

mo interés por el pasado con una participación muy activa en la tarea de dar forma al presente. Es a su vez historiador y controvertista, uno de los últimos apologistas y primer archivero cronista de la Iglesia. Viajó y recorrió las principales bibliotecas cristianas de la época, y tuvo en su mano valiosos documentos que por desgracia hoy han desaparecido. Gracias a lo que él recogió en su obra hoy podemos saber muchas cosas que si no hubiera sido por él habrían estado perdidas para siempre. Y es por eso que la Historia Eclesiástica de San Eusebio es la obra más importante y única para conocer la Iglesia de los tres primeros siglos del cristianismo. El mejor que nadie puede darnos razón del origen de los Evangelios.

Motivo por el que Marcos escribió el Evangelio.

"Así como por morar entre ellos la doctrina divina, el poder de Simón (el mago) se extendió y se redujo a nada, en seguida junto con él mismo. En cambio el resplandor de la religión brilló de tal manera sobre las inteligencias de los oyentes de Pedro, que no se quedaban satisfechos con oírle una sola vez, ni con la enseñanza no escrita de la predicación divina, sino que con toda clase de exhortaciones importunaban a Marcos -de quien se dice que es el Evangelio y que era compañero de Pedro- para que les dejase también un memorial escrito de la doctrina que de viva voz se les había transmitido, y no le dejaron en paz hasta que el hombre lo tuvo acabado, y de esta manera se convirtieron en causa del texto del Evangelio llamado de Marcos.

"Y dicen que el apóstol Pedro, cuando por revelación del Espíritu supo lo que se había hecho, se alegró por la buena voluntad de aquellas gentes y aprobó el Escrito para ser leido en las Iglesias. Clemente cita el hecho en el libro VI de sus Hypotyposeis, y el obispo de Hierápolis llamado Papías lo apoya también con su testimonio" (HE.15,1-2).